

HUMANIDAD

NUEVA

SOCIOLOGÍA - ARTE - EDUCACIÓN

PUBLICACIÓN DEL ATENEO POPULAR

LOS OBREROS DE LA PAZ



ELLEN KEY

DIRECTORA: ALICIA MOREAU

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: TALCAHUANO 417 (2º PISO)

BUENOS AIRES

"HUMANIDAD NUEVA"

REVISTA MENSUAL.-ÓRGANO DEL "ATENEO POPULAR"

FUNDADA EN 1908 POR E. DEL VALLE IBERLUCEA

SOCIOLOGIA, ARTE, EDUCACIÓN

Año VI, N. 10, Tomo VII, Octubre 1914

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

TALCAHUANO 417 (2º Piso) BUENOS AIRES

Directora: **ALICIA MOREAU**

REDACCIÓN: Ciencias Sociales y Jurídicas, Dr. José A. Mouchet. *Notas Internacionales*, Guido Anatolio Cartey; *Notas Bibliográficas*, Dr. Juan Chiabra, Dr. Enrique Mouchet.

Administrador: **ARMANDO MOREAU**

SUMARIO

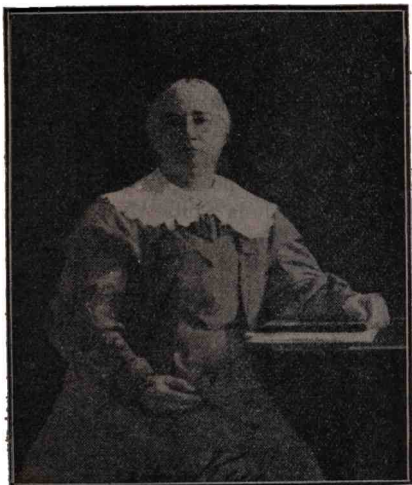
Ellen Key..... - Grabado.....	Pág. 497
La Independencia de Bélgica - E. del Valle Iberlucea.....	> 498
El problema de la paz. - Ellen Key.....	> 517
Consecuencias probables de la guerra europea - Victorio M. Delfino.....	> 525
Notas editoriales - La intransigencia patriótica de un profesor alemán - Alicia Moreau	> 535
Ciencia y educación - Ateneo Popular.....	> 537
Excursión á la Plata - Celestina Mediano....	> 539
Notas bibliográficas: Introducción a la fisiología y patología del espíritu, o sea la naturaleza del alma - José Ingenieros....	> 542

SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

Per un bimestre \$ 1.00. m/n. - Por un año \$ 5.00 - Número suelto \$ 0.50
En Montevideo: por un año \$ 2.20 oro. - Número suelto \$ 0.20 oro

Los giros deben enviarse á nombre del administrador:
Armando Moreau, Talcahuano 417 (2º piso)

LOS OBREROS DE LA PAZ



ELLEN KEY

La independencia de Bélgica

(Cuarta lección dada en la Facultad de Filosofía y
Letras sobre la historia de las relaciones in-
ternacionales de Europa en el siglo XIX).

(VERSIÓN TAQUÍGRAFA DE CARLOS ICART)

Señores :

Hacia 1830 imperaba en Europa el absolutismo de la Santa Alianza. En las relaciones internacionales de los pueblos subsistía el sistema del equilibrio político implantado en el Congreso de Viena en 1815. La democracia había sido contenida por la coalición de los soberanos de las grandes potencias europeas que habían constituido el pacto de la Santa Alianza. El derecho de gentes no estaba impulsado en su desarrollo por la idea o el sentimiento de la justicia internacional. La situación era entonces poco propicia para el desenvolvimiento de un nuevo sistema jurídico destinado a presidir el desenvolvimiento de las relaciones entre los estados.

Empero, a pesar de los esfuerzos realizados en una forma continua e intensa por los soberanos de la Santa Alianza, había sido imposible sofocar las ideas democráticas que continuaban desarrollándose en una forma lenta y oscura. Las clases intelectuales, la burguesía y el proletariado estaban trabajando en las sociedades secretas en pro del desarrollo del nuevo régimen, del sistema representativo de gobierno. El desarrollo de este sistema debía necesariamente influir en el advenimiento de un principio jurídico nuevo destinado a gobernar las relaciones entre los estados.

Una vez más debía cumplirse la ley del paralelismo histórico, ésto es, la ley del influjo de las formas internas de gobierno de cada país sobre el desarrollo del

derecho político europeo; y cuando los soberanos de la Santa Alianza, después de haber sofocado los movimientos revolucionarios de Italia y de España, pensaban que el gobierno absolutista estaba definitivamente asentado en Europa; cuando pensaban que el reposo del viejo mundo estaba definitivamente conseguido por virtud de la unión del trono y del altar, bruscamente tuvo lugar un movimiento que cambió la faz política de la Europa. Este movimiento, señores, fué la revolución de Francia en 1830.

He tenido ocasión de decir en lecciones anteriores que, a pesar de los esfuerzos realizados por los privilegiados, por los gobiernos, por el absolutismo para impedir el progreso de las ideas nuevas, éstas siguen su desarrollo necesario en virtud de una ley histórica. En vano se pondrán obstáculos para impedir el desarrollo de estas ideas, porque una vez que han sido adquiridas, una nación o un pueblo tiene ya en sí mismo una fuerza, una fuerza de penetración poderosísima que no es posible destruir; y fué así como el gobierno revolucionario de 1830 demostró la existencia de una nueva mentalidad política en la Europa, mentalidad que existía a pesar de la voluntad contraria de la Santa Alianza.

Estaban en antagonismo dos grandes fuerzas políticas y sociales: la democracia y el absolutismo; el régimen representativo, que entonces no era sino una aspiración, y la autocracia, que entonces era una dolorosa realidad. Debían encontrarse estas dos fuerzas; pero no en un sólo país, porque habían cundido por toda la Europa occidental, y del encuentro de esas dos energías contrarias debía resultar, por una parte, la implantación del gobierno representativo en los países de la Europa occidental y, de otra parte, el advenimiento de nuevas naciones: una de estas naciones fué la Bélgica.

Tiene la raza latina un espíritu de expansión extraordinario, y por esta circunstancia las ideas y los acontecimientos políticos por ella forjados no habrán

de localizarse dentro de los límites de un estado; pasan las fronteras de éste y consiguen desarrollarse por todos los países sometidos a la zona de influencia de esa raza; y es así como ha podido decirse con razón que si bien la revolución inglesa del siglo XVII estableció la libertad política y consolidó el régimen parlamentario, no tuvo las grandes y vastas consecuencias que tuviera la revolución francesa del siglo XVIII. Si bien es cierto que ésta fué un movimiento nacional, no es menos exacto que al declarar los derechos del ciudadano, como lo hiciera antes la revolución de 1688 en Inglaterra, declaró igualmente los Derechos del Hombre.

La revolución francesa de 1789 había ejercido una influencia considerable sobre la Europa; había producido hondos trastornos, había conmovido tronos seculares, había despertado los instintos, los sentimientos y la inteligencia de los pueblos, haciéndoles comprender que su felicidad estaba en conseguir un nuevo régimen de igualdad social y de libertad política. Pues así ocurrió también, señores, con la revolución de 1830. A simple vista, para quien no penetre hondamente en la vida de la historia, parece ser un acontecimiento que sólo importaba a los destinos de la Francia. Cayó entonces el gobierno de la Restauración, que había procurado suprimir en la nación francesa la mayor parte de las instituciones implantadas por la Revolución del siglo XVIII y respetadas por el Imperio de Napoleón. Al principio, Luis XVIII trató de mantener algunas de esas instituciones; respetó los hechos consumados, entendiendo que no podía ponerse en disonancia el trono con las aspiraciones de la nación; pero fué combatido por los ultra realistas, más realistas que el propio rey, quienes deseaban establecer un gobierno absoluto y prescindir por completo de la Carta de 1814.

Cuando murió Luis XVIII y ocupó el trono Car-

los X, el emigrado de Coblenza, la Restauración adquirió un carácter netamente absolutista; el gobierno de Francia apenas si se diferenciaba del gobierno de Prusia o de Austria, y fué entonces cuando por un efecto natural de esta reacción el movimiento liberal adquirió mayor intensidad: ya no solamente se trabajaba en las sociedades secretas, sino también ante la pública opinión. Bien pronto hubo en la Cámara francesa una mayoría de diputados que reflejaban las aspiraciones de la mayoría de la nación, y cuando Carlos X, creyendo asirse a la última tabla de salvación, llamó al ministerio Polignac y sancionó éste las ordenanzas, restringiendo los derechos consagrados en la Carta, estableciendo la censura previa de la prensa y cometiendo una serie de ultrajes y de iniquidades en contra de los ciudadanos franceses, ya no pudo contenerse más la voluntad nacional: obreros y estudiantes fueron a las barricadas y estalló la revolución de 1830.

Esta revolución tenía un carácter republicano, esencialmente democrático; parecía que había de reanudar los destinos de la revolución de 1789. Pero intervino durante el curso de los acontecimientos un hombre, un príncipe de la sangre, y Luis Felipe fué proclamado rey de los franceses. La monarquía constitucional de 1830 importaba un progreso sobre la monarquía de la restauración. El grito de la revolución de Julio repercutió en Europa, en Italia, en Suiza, en Bélgica, en Polonia, en Alemania. Los reyes que habían formado la Santa Alianza sintieron tambalearse de nuevo sus tronos; creyeron amenazada su corona y pensaron en estrechar su unión con objeto de combatir este movimiento revolucionario.

Pero este movimiento no sólo había de tener consecuencias de orden político, sino también de carácter internacional. Esta revolución, como la revolución-madre de 1789, estaba impregnada de un sentimiento cosmopolita y humanitario. Uno de los jefes fué Lafayette,

que tanta participación tuviera en la primera época de la revolución del siglo XVIII. El consiguió infundir un soplo de cosmopolitismo al movimiento de 1830. Se pensó entonces que la revolución iba a extender su radio de acción, su influencia benéfica a los países oprimidos de la Europa; entendiéndose que iba a convertirse en defensora de los derechos de los pueblos. cuya libertad e independencia habían sido desconocidas por el Congreso de 1815; los pueblos creyeron entonces, al producirse el estallido de 1830, que iba a concluir con el sistema político, con el sistema internacional establecido en el acta final de Viena.

Ya hemos visto en la lección anterior cómo los soberanos que habían vencido a Napoleón establecieron un nuevo ordenamiento político en Europa, fundado en la idea de la legitimidad y en el sistema del equilibrio político, y cómo para realizar estos propósitos no tuvieron para nada en cuenta los antecedentes, ni las costumbres, ni la historia, ni las creencias de los pueblos, sino únicamente los intereses de los soberanos de los estados.

Donde primero repercutió el movimiento revolucionario de 1830 fué en Bélgica, que había sido unida a Holanda por el Congreso de Viena para constituir el Reino de los Países Bajos. Al constituirse este nuevo estado, los soberanos de las grandes potencias no habían tomado para nada en cuenta los antecedentes históricos de Bélgica y de Holanda, la diversidad étnica de los habitantes de uno y de otro país, la diferencia de costumbres, de idioma, de religión. No entendían los soberanos de la Santa Alianza que una nación, como dijera Renán, es sobre todo un alma, la cual consta de dos partes, que forman, sin embargo, un todo indivisible: una de ellas está en el pasado, está constituida por un rico legado de recuerdos; y la otra en el porvenir, y es la aspiración de vivir conjuntamente dentro de una misma comunidad.

No existían estos antecedentes respecto del Reino de los Países Bajos; los belgas quedaron dominados por Holanda, no obstante de que la población de su país era el doble de la población de esta última. El gobierno estuvo en manos de un príncipe de Orange, Guillermo I, y la representación de los estados holandeses era mayor no obstante ser menor su población que la de los belgas. Si bien es cierto que la industria y el comercio de Bélgica progresaron durante la dominación holandesa porque los productos de la industria belga encontraban mercados en las colonias holandesas, no menos cierto es también que los belgas no podían acostumbrarse a la dominación de Holanda.

Existía latente el sentimiento de la revolución de este pueblo, que si bien había constituido siempre una nación, no había formado nunca un estado independiente. En la Edad Media existió allí, como en la mayor parte de Europa occidental, el régimen municipal. Las ciudades belgas eran ricas, industriosas, florecientes; pero bien pronto cayeron bajo la dominación de señores extraños, después de haber estado sometidas al despotismo de sus propios señores.

Luego, en la Edad Moderna, los Países Bajos, formados entonces por la Bélgica y la Holanda, pasaron a la dominación de la casa de Austria; estuvieron bajo la dominación de la rama española de esta familia, primero, y después, cuando sobrevino la guerra de Sucesión de España, al celebrarse el tratado de Utrecht en 1713, dividida la monarquía española, las provincias belgas de los Países Bajos fueron adjudicadas a Austria. Las provincias del Norte, los Estados Generales de Holanda, que habían iniciado la revolución separatista de España en el siglo XVI, habían obtenido ya su independencia, que fué reconocida por la Europa en el tratado de Westfalia de 1648. En la época moderna las provincias belgas permanecieron anexadas a la Francia durante el Imperio napoleónico, y formaron parte de

él; pero, como tengo dicho, cuando se reunió el Congreso de Viena los soberanos de la Santa Alianza constituyeron con ellas y la Holanda el Reino de los Países Bajos.

La revolución de 1830 había necesariamente de repercutir en la política de la nacionalidad belga, que tenía vínculos y afinidad con el pueblo francés, que tenía una historia democrática y liberal y cuyos hombres habían aspirado siempre a conseguir para su país un régimen de libertad. Esta revolución, que había de traer como inmediata consecuencia la independencia de Bélgica, tiene lugar en el mes de Agosto de 1830.

Otros movimientos debían manifestarse también en Europa como una consecuencia de la revolución francesa de 1830. Al poco tiempo se produce el movimiento insurreccional de Polonia bajo la dominación de Rusia; en el mismo año empiezan a manifestarse ciertas tendencias democráticas en Suiza; al año siguiente tiene lugar una serie de movimientos revolucionarios en Italia en contra de la dominación de Austria. Ya vemos, pues, cómo el movimiento revolucionario de 1830 tenía un doble carácter, en cuanto tendía a establecer el régimen democrático en los estados y en cuanto tendía a emancipar a ciertos pueblos en la dominación extranjera.

La misma Inglaterra no escapó a esta influencia de la segunda revolución francesa. En efecto; si bien es cierto que Canning manifestó sus ideas liberales y progresistas en este país en 1825, que tendieron por una parte al reconocimiento de la independencia de las colonias españolas de América y de otra parte a conseguir la emancipación de los católicos, no es menos cierto también que todavía continuaba dominando el partido Tory y gobernando el ministerio de lord Wellington, que oponíanse a la reforma liberal. Dos años después de ocurrida la revolución de 1830 caía el gabinete Wellington, y en 1832 se llevó a cabo la reforma electoral

que había de dar un carácter más democrático al gobierno de Inglaterra.

Ahora prescindiremos de estudiar la política general de la Europa para ocuparnos sólo de la independencia de Bélgica. Debemos determinar por qué surgió este nuevo estado en la comunidad internacional. Tiene grande importancia, sobre todo en la actualidad, la demostración de la existencia jurídica de la neutralidad perpetua de la Bélgica, acordada por la voluntad general de Europa. Hemos de ver cómo las grandes potencias europeas, los estados que constituían la pentarquía y que ejercía una gran influencia sobre el desarrollo político de Europa, crearon un nuevo estado, que surgió con el carácter de neutral a perpetuidad con la garantía de las demás naciones europeas, en el sentido de asegurar el respeto de su neutralidad por parte de otros miembros de la comunidad internacional.

He tenido ocasión de expresar en la lección anterior que el Congreso de Viena estableció la neutralidad de Suiza; en realidad no hizo sino reconocer esta neutralidad. La Suiza había vivido permanentemente, desde su independencia, desde su constitución, como estado neutral. Esta neutralidad sólo había sido perturbada por la influencia francesa durante la época de la revolución y del imperio. Los soberanos que dirigieron la política internacional en el Congreso de Viena creyeron conveniente y necesario, para mantener el equilibrio político y por razones estratégicas, declarar la neutralidad perpetua de la Suiza.

Ahora bien: ¿qué significaba la idea de la neutralización, de la neutralidad perpetua? Este era un concepto jurídico nuevo. Conviene que analicemos un poco este nuevo concepto. Durante una guerra, las naciones no beligerantes acostumbran declararse neutrales; quiere decir esto que es su voluntad no favorecer ni directa ni indirectamente a ninguno de los beligerantes. La neutralidad es, entonces, un acto que depende de la

voluntad de un estado. Tiene un carácter transitorio porque existe mientras existe la guerra entre dos o más estados. El estado cuya neutralidad ha sido declarada no está en ninguna forma envuelto en las operaciones militares.

Ahora bien: la neutralidad perpetua no puede existir por acto voluntario del estado interesado, sino en virtud de una concurrencia de voluntades, de parte de este estado y de las demás naciones, o por lo menos de las grandes potencias que influyen en el desarrollo y dirección de la política internacional de los estados. Al declararse la neutralidad perpetua de Suiza, los soberanos entendían respetar su territorio en caso de verse envueltos en una guerra. Por otra parte, el estado cuya neutralidad perpetua era reconocida y declarada en semejante forma, obligábase a no tomar ninguna participación en la guerra; en consecuencia, su territorio era inviolable, estaba asegurada la integridad territorial de este estado.

Ahora bien: este mismo carácter de estado neutral permanente es dado al reino de Bélgica cuando es admitido por las grandes potencias europeas en la comunidad internacional. Veamos cómo tuvo lugar el acto colectivo de las potencias que consagró la independencia y la neutralidad de este nuevo estado libre de la comunidad jurídica de Europa. Al producirse el movimiento insurreccional de Bruselas, el rey de los Países Bajos llamó en su auxilio a las potencias que habían concurrido a la redistribución de los territorios de Europa en 1814 y 1815; llamó en su auxilio a los aliados, esto es, a Rusia, Prusia, Austria e Inglaterra. El rey de los Países Bajos creía que este movimiento revolucionario de Bélgica era apoyado por la monarquía francesa. No hay duda de que Luis Felipe tenía interés en colocar en el trono de Bélgica a su hijo, el duque de Nemours. Hubo negociaciones en este sentido, y el Congreso Nacional de Bélgica lo proclamó rey; pero Luis Fe-

lipe no aceptó esta proclamación, porque importaba complicar a Francia, sobre todo por la actitud de Inglaterra, en el caso de que su hijo fuera a ocupar el trono de Bélgica.

El primer impulso de las naciones absolutistas, esto es, de Rusia, Austria y Prusia, fué contener el movimiento revolucionario de Bélgica; pero no pudieron realizar una acción conjunta porque el Austria estaba preocupada por la insurrección de Italia, entonces bajo su dominación directa o indirecta, y porque Rusia lo estaba con la situación de Polonia. En efecto; al poco tiempo de estallado el movimiento subversivo en Bélgica, se produce el movimiento insurreccional de Polonia. En cambio, el rey de Prusia ofreció todo su apoyo al rey de los Países Bajos; estaba dispuesto a enviar un ejército para defender los intereses dinásticos de Guillermo I. Y en esto procedió de acuerdo con los principios de la Santa Alianza; entendía él, seguramente, que este era un 'casus foederis'. Ya hemos visto cómo uno de los Congresos celebrados por la Santa Alianza había resuelto que en caso de producirse un movimiento insurreccional en uno de los estados de la Europa, las grandes potencias intervendrían, aun cuando no fuera el acto de intervención de la voluntad del soberano del estado conmovido.

Pero antes de proceder por su cuenta, el rey de Prusia consultó al gobierno de las Tullerías. El ministro de Relaciones Exteriores de Francia le contestó que en el caso de que Prusia mandara un ejército a Bélgica para intervenir en favor del rey de los Países Bajos, el rey de los franceses se creería en la obligación de mandar un ejército para intervenir en favor del pueblo belga. La intervención de la Prusia dependía de la actitud de Inglaterra, país interesado en la conservación del equilibrio político en el continente. El jefe del gabinete inglés era entonces lord Wellington, que había sido uno de los creadores de la obra internacional de

1815; había concurrido primero con su espada en Waterloo a la caída de Napoleón y después con su política a la reconstrucción del mapa político de la Europa.

Pero el gobierno inglés, que había creído conveniente crear una barrera para la Francia, no veía ningún perjuicio para el mantenimiento del equilibrio político y para la defensa de sus propios intereses nacionales con la separación de la Bélgica de Holanda, siempre que no fuera a gobernar en la primera nación un príncipe de la casa de Orleans. El interés de Inglaterra estaba en impedir que miembros de una misma familia reinasen en Francia y en Bélgica. Cuando el gobierno de Luis Felipe hizo saber al ministerio británico que no tenía la aspiración de sentar en el trono de Bélgica a un príncipe de su familia, Inglaterra contestó al rey de los Países Bajos diciéndole que no podía prestarle la intervención solicitada. Este acto de Inglaterra determinó entonces y por el momento la no intervención de Prusia en la cuestión belga.

En Francia había, sin embargo, un partido democrático y republicano que deseaba la intervención en favor de la Bélgica, en el sentido de que pudiera asentarse en este país la influencia francesa. Este mismo partido quería la intervención francesa en los asuntos de Polonia. Era el partido que había heredado la tradición revolucionaria de 1789, que quería consagrar la obra de la emancipación de los pueblos oprimidos; era el partido del movimiento, representado por Lafayette y Lafitte. Pero existía otro partido, el de la 'resistencia', al que pertenecía Casimiro Perier, partido que quería mantener el estado político existente entonces en Europa. El primero era partidario de la intervención; el segundo de la no intervención.

Cuando Luis Felipe llamó a Lafitte para formar su ministerio hubo un instante en que con motivo de la cuestión de Polonia y de Bélgica pareció que habría de desencadenarse una conflagración europea. Pero bien

pronto cayó este gabinete casi republicano y lo reemplazó el jefe del partido de la resistencia. Casimiro Perier proclamó el principio de la no intervención y expresó así la fórmula política internacional de su partido: "La Francia no debe derramar su sangre sino en defensa de la Francia".

Sin embargo, la cuestión belga preocupaba hondamente a las cancillerías europeas; era necesario resolverla porque habíase producido una situación general de incertidumbre y porque estaban realizándose operaciones militares en Bélgica. Entonces el ministerio inglés sugirió la idea de reunir una conferencia de las grandes potencias en Londres, para estudiar la cuestión de Bélgica y resolverla. Esta conferencia se reunió y en ella estuvieron representados estos países: Francia, Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia. La pentarquía iba a decidir entonces de los destinos de la Bélgica sin consultar para nada la voluntad nacional de este país. Esta voluntad habíase expresado ya en un Congreso que declaró la independencia del país; pero esta actitud debía estar sujeta a las deliberaciones de los embajadores de Londres.

Un político dijo en aquella época que el Reino de los Países Bajos habíase constituido para mantener el equilibrio europeo, entregándose a la Holanda las provincias belgas que habían sido conquistadas; invocaba la política de la Santa Alianza, el derecho de conquista, para justificar la adjudicación de las provincias belgas al rey de Holanda. Pero el pueblo belga reclamaba la independencia en virtud de su voluntad, y por eso rechazó los protocolos ingleses y las conferencias de Londres del 20 y 27 de Enero de 1831. En estos protocolos desconocíase la independencia de la Bélgica, reduciéndosele una parte de su territorio; entregábase el Ducado de Luxemburgo al rey de Holanda; entregábasele también la región del Limburgo; obligábasele al

pueblo belga a pagar una cuantiosa parte de la deuda de los Países Bajos.

El gobierno de Francia inclinábase hacia la nación belga porque así lo quería el pueblo francés, sobre todo el partido del movimiento; pero complicábase cada vez más la situación política de la Europa, y hubo necesidad de aceptar una transacción. Había, por otra parte, varios aspirantes al trono de este nuevo estado. El soberano que proclamó la Conferencia de Londres fué Leopoldo I, de la familia de Coburgo. Una vez que Inglaterra, que apoyaba a este candidato, consiguió esta victoria en la Conferencia de Londres, puso toda su influencia diplomática para conseguir que las potencias representadas en la conferencia celebrasen un tratado, tratado conocido con el nombre histórico de los '18 artículos'. En ese convenio Bélgica resultaba favorecida respecto de Holanda. El convenio fué aprobado por el Congreso Nacional de Bélgica, pero no lo fué por el rey de Holanda.

En esta situación sobrevinieron nuevas desinteligencias cuya historia sería difícil hacer en estos momentos. Empeorábase cada vez más la situación en Europa a consecuencia de los sucesos de Polonia e Italia, y todo esto determinó a la Bélgica a proseguir la lucha en contra de Holanda. Fué entonces cuando estuvo en peligro la independencia del pueblo belga por los triunfos obtenidos por el príncipe de Orange; pero en ese momento el gobierno francés acudió en defensa de Bélgica. Un ejército francés de 50.000 hombres, al mando del mariscal Gerard, penetró en el territorio belga y de esta manera salvó la independencia nacional de este pueblo.

El gobierno inglés, cuyas relaciones exteriores estaban dirigidas entonces por lord Palmerston, vió con cierto desagrado esta intervención, en la creencia de que podría resultar peligrosa para la paz de la Europa y para la independencia de Bélgica; pero el gobierno de Luis Felipe retiró bien pronto el ejército del territorio

belga y entonces consiguió la Bélgica que las potencias representadas en la Conferencia de Londres se pusieran de acuerdo para firmar el tratado de los 24 artículos. En este tratado Bélgica no resultaba tan favorecida como en el de los 18 artículos. Fué firmado el 15 de Noviembre de 1831.

Pero el rey de Holanda no quiso reconocer todavía la independencia de Bélgica. Entonces fué cuando celebraron un protocolo Francia e Inglaterra para intervenir por la fuerza de las armas con objeto de obligar a Guillermo I, rey de los Países Bajos, al reconocimiento de la independencia belga. Habían firmado el tratado de 1831 las cinco grandes potencias que habían intervenido en la cuestión belga, pero cuando llegó el momento de hacer efectivo el reconocimiento de la independencia de Bélgica, las tres potencias absolutistas, o sea Prusia, Austria y Rusia, manifestaron que no entendían estar obligadas a imponer por la fuerza al rey de Holanda el reconocimiento de la independencia de Bélgica. Comprendían perfectamente los soberanos absolutistas de Europa que la creación del nuevo reino de Bélgica podía ser un inconveniente, no para el equilibrio político de la Europa, sino para el mantenimiento de las instituciones autocráticas, porque la independencia de aquel estado era el resultado inmediato de la revolución democrática de 1830 y de los progresos del espíritu liberal en Europa.

Lo cierto es que en virtud del protocolo celebrado entre ambas naciones, Francia e Inglaterra intervinieron en Bélgica por mar y tierra; el ejército de la primera puso sitio a la ciudad de Amberes; la escuadra inglesa bloqueó los puertos de Holanda; tuvo que capitular el ejército holandés; y, por fin, el rey de los Países Bajos firmó un convenio con los países interventores en el sentido de mantener el "statu quo" en Bélgica. Firmado este convenio en 1833, de hecho vino a existir la Bélgica independiente de la Holanda.

Pero todavía fué necesaria la reunión de una nueva conferencia de las grandes potencias en Londres en 1838 para que el Reino de Holanda se decidiera a reconocer la independencia del nuevo Reino de Bélgica. Por fin, en el año de 1839 las grandes potencias europeas subscribieron el tratado de Londres, que estableció la independencia y la neutralidad de Bélgica. Estas celebraron en Londres varios tratados: uno entre la Bélgica y la Francia, el Austria, la Gran Bretaña, la Prusia y la Rusia; el otro entre las mismas grandes potencias y los Países Bajos, y, por último, otro entre la Bélgica y la Holanda. Los artículos de este último fueron reproducidos en el texto del tratado entre la Francia, la Gran Bretaña, la Rusia, la Prusia, el Austria y los Países Bajos.

En el artículo segundo de este tratado, se decía:

“Su Majestad Francesa; Su Majestad el Emperador de Austria, Rey de Hungría y de Bohemia; Su Majestad la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda; Su Majestad el Rey de Prusia y Su Majestad el Emperador de todas las Rusias, declaran: Que los artículos mencionados en el artículo que precede son considerados como si tuviesen la misma fuerza y valor que si estuviesen insertados totalmente, y se encuentran así bajo la garantía de sus dichas Majestades”. Y en el artículo séptimo del tratado entre Bélgica y Holanda, se declaraba lo siguiente: “La Bélgica, en los límites indicados en los artículos primero, segundo y cuarto, formará un estado independiente y perpetuamente neutral; ella está obligada a observar esta misma neutralidad con todos los demás países”.

Comprendida esta misma declaración en el tratado general subscripto por las demás naciones europeas, la Bélgica permanecía neutral para siempre. Las potencias entendían crear en esta forma un estado que no estuviera supeditado a las ambiciones políticas de las grandes potencias. La Bélgica había sido el campo de

batalla de la Europa; en su territorio habían combatido ejércitos franceses, españoles, prusianos, austriacos, ingleses y holandeses. Para evitar que fuese causa de perturbación por las ambiciones de los grandes estados, la Conferencia de Londres daba a esta nación el carácter de una neutralidad permanente. Esta neutralidad estaba bajo la garantía de todas las potencias signatarias; en consecuencia, ninguno de los estados cuyos representantes firmaron el tratado de Londres podía llevar un atentado en contra de esta neutralidad e integridad de Bélgica; lo contrario significaría un desconocimiento del derecho internacional, un desconocimiento de las convenciones estipuladas en Londres en el año 1839.

Cuando ocurrió la guerra franco-prusiana de 1870 se temió en Europa que alguno de los estados beligerantes tratara de violar el territorio belga, alzándose contra lo convenido en la Conferencia de Londres. Creíase que para aprovecharse de la ventaja estratégica que podría resultar de la violación de la neutralidad de Bélgica, de la ocupación de su territorio, pudiera desconocerse el tratado de 1839 por alguno de los beligerantes. En estas circunstancias interviene el gabinete inglés ante las Cortes de París y de Berlín para obtener una manifestación de voluntad de los gobiernos beligerantes acerca de su actitud respecto de la neutralidad de Bélgica.

El gobierno de la Confederación Alemana del Norte y el gobierno imperial de Francia hicieron una declaración en el sentido de que respetarían la neutralidad belga, pero con una reserva: consistía ésta en declarar que respetarían la neutralidad del territorio belga en tanto que fuera respetada por el estado enemigo, no obstante la existencia de un tratado firmado por Luis Felipe y por el rey de Prusia, que obligaba a los gobiernos de Francia y de la Alemania del Norte de 1870 a respetarla. El gabinete inglés creyó conveniente celebrar un nuevo tratado con Francia y la Alemania del Nor-

te para obtener una declaración expresa sobre el respeto de la neutralidad de Bélgica, y fué entonces cuando se celebraron con Alemania y con Francia los tratados de 8 y 11 de Agosto de 1870, respectivamente.

¿Qué disponían estos tratados? Las cláusulas de uno y otro eran idénticas. En estos tratados tanto el gobierno prusiano como el gobierno francés declaraban que respetarían la neutralidad del territorio belga en cuando fuese respetada por el estado enemigo; que en caso de una violación del territorio de Bélgica emplearían las armas para rechazar del territorio al ejército enemigo; y por su parte, la Gran Bretaña declaraba que concurriría con la fuerza de sus ejércitos y de su escuadra para defender la neutralidad de Bélgica amenazada por algún estado beligerante, garantiendo así la neutralidad del Reino que había sido declarada por las grandes potencias de Europa en 1839.

¿Qué interés había tenido Inglaterra en celebrar estos tratados con Prusia y con Francia? Tenía el interés, naturalmente, de impedir el engrandecimiento territorial de alguna de las potencias beligerantes por la anexión de Bélgica. Tenía también el interés supremo de mantener el orden jurídico internacional que había sido creado por estas grandes potencias, el reposo de Europa. Defendía la Gran Bretaña el respeto de los tratados y convenciones internacionales. Si uno de los estados beligerantes desconocía una convención suscrita por él, no existía ya una base firme para la tranquilidad y el reposo de la Europa. Estas ideas fueron expresadas en una frase elocuente por un ilustre ministro inglés, cuyo nombre es venerado por los demócratas del mundo entero. Entonces dirigía la política inglesa Gladstone. Basta pronunciar este nombre para oír con recogimiento las palabras pronunciadas por el ministro liberal. Estas palabras son de una gran actualidad. La declaración de Gladstone fué hecha en la Cámara de los Comunes. La víspera habíase firmado el

tratado con el rey de Prusia, en que se obligaba a respetar la neutralidad de Bélgica; al día siguiente fué firmado el convenio con Francia.

“Ciertamente,—dijo Gladstone,—nosotros defendemos la neutralidad de Bélgica como lo harían todas las potencias europeas, porque ella es un obstáculo a cualquier engrandecimiento desmesurado; pero el interés de Inglaterra no es nuestro solo guía. Hay una razón más alta que nos hace tener un interés particular en el mantenimiento de la independencia de Bélgica. ¿Qué es este país? Es un país de cinco millones de habitantes, teniendo un gran pasado histórico, poseyendo un sentimiento nacional tan ardiente y tan puro como aquel que hacía latir el corazón de las más poderosas naciones. Por la manera como ella ha defendido sus negocios e intereses en medio de los sacudimientos revolucionarios y a través de la crisis de la época, la Bélgica ha dado a la Europa el ejemplo de un gobierno bueno y estable y de la más larga extensión posible de las libertades políticas. Ante el carácter de tal país, no habrá uno de mis oyentes que no comprenda que la absorción de Bélgica, en vez de satisfacer los apetitos glotones, señalaría en Europa el toque de agonía del derecho público y de las leyes internacionales.” La Inglaterra puso en la independencia de Bélgica un interés mayor que el interés inmediato de la ejecución literal de la garantía dada. “Este interés,—agregaba el ilustre político inglés,—reside en la respuesta a esta cuestión: “¿dotada como está de fuerza y de influencia, asistiría como testigo impasible y haciéndose cómplice a la perpetración del crimen más atroz que jamás hayan podido registrar las páginas de la historia?”

Yo decía, señores, hace un instante, que estas palabras eran de una gran actualidad en este momento histórico. Yo debo declarar desde esta cátedra que al producirse el estallido de la actual conflagración europea el derecho internacional cayó por tierra pisoteado por

una potencia beligerante que desconoció la firma puesta al pie de la Convención de Londres de 1839. El rey de Prusia había reconocido solemnemente ante la faz de todas las naciones garantirla. Esta es la palabra de la Convención: "Garantir la neutralidad de Bélgica".

Y bien: ¿qué sucedió cuando estalló la guerra entre las grandes naciones de la Europa? Uno de los primeros actos del Emperador de Alemania fué dirigir un "ultimatum" al rey de los belgas para que consintiera el paso de sus ejércitos por el territorio de Bélgica. Esta era una actitud contraria a la cláusula de la Convención de 1839; era una violación del derecho internacional, ¡y por sí sólo constituía esto el crimen más grande, como decía Gladstone, que puedan registrar las páginas de la historia!

Y bien, señores, yo me pregunto ahora: ¿No era idéntica la situación de Inglaterra en 1914 a su situación en 1870? ¿Qué ambiciones pudo haber tenido Inglaterra al no hacer otra cosa que impedir el excesivo engrandecimiento de un estado de Europa a costa de la integridad territorial de otro pequeño estado? Pero es que además de este interés que deben tener siempre en cuenta los estados, naturalmente existía otro, el de defender los principios de la justicia internacional. La Gran Bretaña, que dispone de fuerzas e influencias poderosas, debía inclinarse del lado del derecho, de la justicia internacional, para mantener la independencia de un pequeño estado que había sido puesto bajo su propia garantía, bajo la garantía colectiva de la Europa. Y cuando los políticos de una nación saben hacer coincidir el interés de su patria con la idea del derecho es que saben escrutar el sentido de la historia.

¡Y los pueblos que no vacilan en acudir a los campos de batalla para hacer respetar la libertad de otros pueblos, para defender la independencia de las naciones, merecen bien de todos los hombres libres y la viva simpatía de la Historia!

He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

E. DEL VALLE IBERLUCEA

El problema de la paz

Todas las obras destinadas a cambiar la faz del mundo han sido comenzadas por soñadores y las profecías de esos soñadores han sido siempre tratadas como crímenes o burladas como locuras, hasta el día en que hubieron penetrado tan profundamente en la conciencia de los hombres que llegaron a dominarla con toda la potencia de un problema cuya solución se impone.

Tal es también la historia de la cuestión de la paz. Cuando en los albores del siglo pasado Shelley—que tuvo el presentimiento de todos los problemas que más preocupan nuestra generación—cantaba la paz, se le consideraba como a un loco criminal. Igualmente por locos fueron tomados los dos americanos que, en 1810, fundaron la primera sociedad pacifista. Ese modesto comienzo de realización de una idea que ya había sido proclamada por los profetas de Israel y los filósofos de la antigüedad, esa idea de la paz eterna se afirmaba justamente en el momento en que la gloria deslumbrante de la guerra imponíase con Napoleón, en forma que embriagaba la imaginación humana.

¿Podían esos soñadores presentir la extensión que un día habría de tomar, cien años más tarde, el movimiento pacifista? Una red de tratados de arbitraje y de sociedades pacifistas se extiende en el mundo entero. Reúnese congreso tras congreso para discutir sobre la paz. Ya no se la considera como quimera nacida de cerebros mal equilibrados, no; el problema de la paz es hoy una cuestión estudiada seriamente por los sociólogos y aun por los hombres de estado. Ha salido del dominio de los proyectos utópicos para entrar plenamente en el dominio de las posibilidades.

A pesar de todo, lo que más contribuye a la paz no es ni el antiguo ni el nuevo pacifismo. Antes bien, toda la propaganda pacifista emana de la colaboración de todos los pueblos en el progreso y de los intercambios

internacionales; se origina de las relaciones de ideas y de negocios que crean entre las diversas naciones una cohesión cada vez más sólida, una comunidad de intereses cada vez más estrecha y relaciones de dependencia recíproca cada vez más difíciles de romper. Hace cien años podía estallar una guerra entre *dos estados*; hoy los pueblos han llegado, sin quererlo, a soldarse de una manera tan íntima, que una guerra cualquiera amenaza la existencia de todos y tiende a hacerse mundial. Este hecho ha disminuído la frecuencia de los conflictos agudos; pero los armamentos perpetúan el estado de guerra latente. Y esta situación sólo cambiará cuando los pueblos busquen su seguridad en la organización política y económica, la única capaz de poner un término a la anarquía que reina actualmente en cada uno de ellos y entre ellos.

Los pacifistas de la vieja escuela fundan sus esperanzas en las cortes de arbitraje, el desarme, el rehusamiento del servicio militar. Pero nada de esto podrá traer la paz mientras subsista esta anarquía. No se recurrirá a las cortes de arbitraje donde — según la famosa frase—no están en juego ni el honor ni los intereses vitales de los estados. Y si un estado se desarmase, mientras los otros quedan sobre la defensiva, no haría sino ofrecerse como presa voluntaria. Por último, el renunciamiento del servicio militar no produciría sino el restablecimiento de los ejércitos mercenarios.

Por esto el pacifismo moderno estima que la propaganda por el hecho, la única que sirva infaliblemente la causa de la paz, debe consistir en preparar la creación de instituciones internacionales obligatorias y es de ineludible necesidad que ellas tengan por objetivo principal una confederación de los pueblos que substituirá real y definitivamente el estado de guerra al estado de paz.

Esta confederación de los pueblos se formará aun cuando el movimiento pacifista debiera detenerse algu-

na vez; pues será impuesta por los hechos, los hechos que hacen siempre más imposible todo aislamiento, creando entre las naciones una solidaridad que se expresa ya en múltiples instituciones.

Mientras los amigos de la paz,—dice con razón A. Fried,—esperaron alcanzar sus fines elaborando planes ideales que ninguna relación tenían con los hechos presentes, se encontraron en el período de la utopía.

El día en que han comenzado a obrar para favorecer el proceso natural que tiende a hacer de todos los pueblos un solo organismo, modificando las mentalidades, el problema de la paz ha dejado el dominio de las utopías para entrar en el de las realidades. Si el pacifista sabe que la paz acabará por descender sobre el mundo sin que sean necesarias sus plegarias, sabe también que la vida y la felicidad de numerosas generaciones dependen en parte de la dedicación y de la inteligencia, con la cual ayudará a acelerar esta evolución que actualmente se opera con lentitud.

Y esta acción consciente del fin, puede ejercerse no sólo en el dominio político, sino también en el dominio psíquico, por la transformación de las almas. No una transformación que, como lo quería Tolstoi, suprimiera toda lucha, — pues la lucha es uno de los fundamentos de la evolución—pero sí una transformación de la lucha que dará armas más nobles y racionales que la guerra.

Las líneas directrices de la política, así como las almas, comenzaron a modificarse cuando a la era del militarismo siguió la del industrialismo. Y si hoy los pueblos continúan sus armamentos no es porque tienen sentimientos bélicos, sino porque quieren la paz y ven en los armamentos una garantía, aunque costosa segura, del mantenimiento de la paz. Si esta garantía pudiese ser reemplazada por otra más segura y menos onerosa, la mayoría la aceptaría.

Ciertamente aun existen algunos partidarios de la

guerra que ven en ella una fuente de regeneración moral para los pueblos. Pero ellos, los pueblos, no están dispuestos a aceptar por este solo fin la persistencia del estado de guerra si pueden substituir a las violencias de la guerra otros medios equivalentes.

Que los capitalistas y los militares prefieran siempre el viejo método, es este un hecho que no tiene nada que ver con las circunstancias de orden moral y que tienen su razón de ser en móviles egoístas perfectamente naturales.

Numerosos son, por otra parte, los pacifistas y los socialistas para quienes la salvación reside en un nuevo orden legal y que creen que, cuando nuevas leyes hayan sido introducidas, las almas se transformarán. Es evidente, en efecto, que todo lo que está legalmente establecido posee un gran poder sobre la mentalidad de las masas. Pero para que una legalidad nueva pueda introducirse es necesario también que los dirigentes tengan ideas nuevas. La necesidad de fortalecer las corrientes de opinión favorables a la paz subsiste pues, así como la posibilidad de reaccionar en contra de las excitaciones a la guerra y de *preparar* por las cortes de arbitraje internacional, por los tratados y las instituciones parlamentarias o constitucionales, el advenimiento de los tiempos en que todos los pueblos no formarán sino un solo pueblo.

Preparar, decimos, y no *apresurar*, pues es imposible apresurar la llegada de la paz. Es necesario esperar nuevos descubrimientos que modificarán en los diferentes pueblos el estado de cosas económico y moral, los acontecimientos políticos que enriquecerán a la humanidad en nuevas experiencias; las consecuencias se desprenderán de las situaciones presentes.

Las grandes corrientes de opinión sobre las cuales conviene, sin duda alguna, intervenir ante todo, son las que traban la organización económica en el dominio nacional e internacional, pues mientras no se haya puesto fin a la anarquía de la libre concurrencia, mientras no

se haya realizado una democracia económica fundada sobre la legalidad, no será posible una confederación de los pueblos. Actualmente, la explotación y la avaricia de la clase capitalista es la más peligrosa causa de guerra.

Bien pronto los trusts mundiales podrán provocar su propia guerra, como disponen de la fabricación de tales o cuales mercancías; tendrán las guerras que quieren; los armamentos sostienen, en primer lugar, los intereses coloniales de los capitalistas. Mientras presten dinero para las expediciones militares y ganen dinero vendiendo acorazados y cañones, sabrán hipnotizar los pueblos y hacerles creer que esos armamentos defienden su seguridad y su honor. Mientras haya en cada nación dos pueblos diferentes y cada nación compita con otras en el dominio económico, las convenciones de arbitraje serán como diques de paja opuestos a los ataques de mar, y no se podrá esperar una fusión de los diversos estados en una unidad superior.

Los conflictos internacionales no podrán ser suprimidos por nuevos medios de derecho sino cuando nuevos conflictos no tengan ya por origen rivalidades de interés económico.

Por esto la organización política no puede, como lo creen los pacifistas, tener por consecuencia la organización económica; la verdad, como lo han sostenido los socialistas, es lo contrario. Pero, a pesar de esta divergencia de opiniones, de la cual será juez el porvenir, pacifistas y socialistas se prestan mutuo apoyo en la persecución de su ideal, pues unos y otros intentan despertar las inteligencias y los corazones en esta verdad: la solidaridad nacional e internacional defiende mejor los intereses de todos que el aislamiento (1). Si la solidaridad reemplaza el aislamiento, tenemos la cooperación en lugar

(1) El pueblo inglés en su "splendid isolation" ha dado al principio su forma más concisa en el dominio económico por el adagio: "*Every man for himself and the devil takes the hind most*". en el dominio político por el otro adagio: "*Right or wrong, my country*". Lo que la solidaridad nos enseña es: "*cada uno para todos, todos para cada uno*" y el patriotismo se manifiesta ante todo por el deseo que tiene el individuo de ver que su patria posee más que ninguna otra el sentimiento del derecho.

de la concurrencia, la organización en lugar de la anarquía, la economía de las fuerzas en lugar del desperdicio de las fuerzas, la armonía en lugar de la confusión.

Entrando en la vía de la solidaridad, la humanidad también acabará por llegar a ese reinado de la justicia y de la fraternidad, de la cual Tolstoi y sus discípulos esperan la paz. Sin esto en vano la esperarían.

En la anarquía económica y política actual los hombres pueden manifestar compasión por los hombres pisoteados; pero si nos elevamos hacia una vista de conjunto, se constatará que ninguna justicia, ninguna fraternidad podrán existir mientras nuestra generación no haya encontrado una manera de satisfacer ese primer deber de todo hombre y de todo pueblo: la lucha por la vida. Un Tolstoi, que no tomando en cuenta la naturaleza humana tal cual es, ni nuestra civilización infinitamente complicada, cree que el amor de la humanidad existe en todos los hombres y que la felicidad consiste en un retorno a la vida enteramente primitiva, puede sin dificultad predicarnos la fraternidad como única vía que conduzca a la paz. Pero el porvenir demostrará que la fraternidad es, de todos los frutos de la paz económica y política, el que más tarde madurará, y que esta paz no podrá ser alcanzada sino por una organización social cada vez más elevada, por una organización de la vida económica que realizará, en la legalidad y en las costumbres, la idea de la ayuda mutua, es decir, de la comunidad de intereses o de la solidaridad.

Hacer que comprendan todos los espíritus la idea de la solidaridad: tal es la manera más segura de servir la causa de la paz.

Pero la dificultad está, precisamente, en hacer entrar esta idea en los espíritus, pues los cerebros están tan repletos de ideas forjadas por el hábito, que ya pocos lugares quedan para las ideas nuevas.

La mayoría de los hombres es incapaz de formarse una opinión observando, pensando, eligiendo por sí mis-

mo, y la potencia de la sugestión explica la base in-
conmovible de ciertos conceptos. Se evita toda ocasión de
someter a un examen el valor de las opiniones, de modi-
ficar el juicio, de abrirlo a nuevas vías. Los cerebros se
embotan, y en ese embotamiento los más primitivos pre-
juicios se conservan tan frescos como, en los hielos pola-
res, el mamuth antediluviano.

Uno de esos antiguos prejuicios es que "la guerra
será siempre el supremo árbitro entre dos rivales, de los
cuales cada uno se cree en el propio derecho".

Basta que cualquier periódico pangermanista o im-
perialista redacte hábilmente las rúbricas de su primera
página para que los buenos burgueses de Alemania y de
Inglaterra, que ayer no pensaban en la existencia de un
conflicto entre los dos países, reclamen al día siguiente,
impetuosamente, nuevos armamentos y aun la guerra
para proteger los intereses *vitales* de su nación.

La guerra y los armamentos aun están indisoluble-
mente ligados, en la mayoría de los cerebros, a los senti-
mientos de patriotismo y de deber. Sólo una acción enér-
gica puede romper esta asociación de ideas y preparar
los espíritus a comprender que estos dos órdenes de sen-
timientos pueden dar nacimiento a dos clases de actos
enteramente diferentes.

El que se dé cuenta de que nuestra locura de arma-
mentos no engendra sino zozobras y descontento, que
nuestros medios de defensa ya son viejos antes de que su
fabricación haya sido terminada, que los gastos de esa
maquinaria guerrera privan a los pueblos de los recursos
necesarios para el desarrollo de sus energías vitales y ci-
vilizadoras, es decir, al desarrollo de sus mejores medios
de defensa, ese se opondrá a las guerras y a los arma-
mentos precisamente porque tiene, profundamente, con-
ciencia del valor de la patria y de la necesidad de de-
fenderla, porque cree que puede estar mejor protegida
por medios nuevos.

Para orientar las miradas de la humanidad hacia
esos nuevos medios, debemos dirigirnos hacia los jóvenes.

Las almas jóvenes son aún accesibles a las impresiones, a las ideas nuevas; ellas son vivientes. Pero cuando el hombre adulto ha emprendido el trabajo profesional o social, se vuelve poco a poco insensible a las ideas nuevas y acaba por estar intelectualmente muerto. El juicio no es en él sino un receptáculo exiguo para opiniones que siguen con incommovible seguridad las vías habituales; el cerebro se ha vuelto autómeta.

La mujer adulta, en la medida en que es subyugada por el trabajo social y profesional, se vuelve, a su vez, intelectualmente muerta.

Actualmente las mujeres, jóvenes o viejas, tienen una mayor movilidad de espíritu que los hombres. Y esta mayor vivacidad intelectual de la mujer le ha conferido, durante siglos, una importancia considerable como transformadora de las mentalidades, una importancia que sólo tiene su análoga en la que antaño poseyó la iglesia.

Mientras ésta fué cristiana, su influencia se ejerció en forma tan pacifista como socialista. Pero desde su alianza con el Estado, la Iglesia ha descristianizado la humanidad al sancionar la equivalencia del derecho y de la fuerza. El clericalismo y el patriotismo sostienen hoy, cada uno a su modo, en contra del principio de solidaridad, el del aislamiento individual y egoísta, y en la medida en que las mujeres están impregnadas de ideas clericales, capitalistas y bélicas, son así accesibles a las "*cuestiones de honor y las cuestiones vitales*" de los pueblos, tales como las conciben capitalistas y ministros, guerreros y obispos. Esas mujeres — y son muchas — no pueden tener, por hoy, ninguna importancia en lo que se refiere a la transformación de las mentalidades.

En cambio, las mujeres verdaderamente cristianas sienten que el pacifismo y el socialismo están más de acuerdo con el espíritu de Jesucristo que el capitalismo y el patriotismo, y trabajan por el bien de la solidaridad y en contra del aislamiento.

Pero no podemos esperar que la transformación decisiva provenga de los cristianos.

(Concluirá)

ELLEN KEY.

Consecuencias probables de la guerra europea

Capítulo imprescindible es éste, máxime cuando nuestros propósitos esenciales al emprender este trabajo fueron los supremos de la civilización, la paz y la cultura; y no los de comprobar cuáles eran las armas que mataban mejor y cuáles eran los países que convenía y que iban a ganar. Hemos atacado al régimen tiránico y bárbaro de las armas y no hemos hecho ni habríamos podido hacer distinción de naciones.

Por eso lo dijimos en nuestra primera palabra: no habrá aquí desplantes proféticos; es ella tarea de adivinos o adivinas, a veces del genio: en el primer caso se satisface la curiosidad ignara por medio de una superstición y de un prejuicio; en el segundo caso la intuición reverberante del hombre iluminado por un destello divino que proyecta su luz sin basarse en la afirmación demostrativa de los hechos, ha producido para la humanidad grandes hallazgos y grandes descubrimientos, pero también grandes mentiras y grandes errores.

Lo normal no está ni en lo uno ni en lo otro: ni en la superficie vulgarísima de los que predicen por las rayas de las manos, por señas enigmáticas, por logogrifos religiosos y por fetiches de madera, ni tampoco en la visión profética del hombre de genio que con su hiperbólica luz intelectual casi siempre deslumbra antes que alumbra, y a veces quema como único medio de satisfacer la fiebre del insecto que da vueltas alrededor de la luz para morir en ella.

Lo normal, lo real y humano está en la ciencia: la ciencia no adivina ni profetiza, sólo le es dado "prever" para aprender. Nosotros seremos aquí, sencillamente, científicos.

La base de los asertos que aquí exponremos es-

tán en los hechos expuestos y analizados en todas las páginas que preceden a la presente.

Apoyándonos en todo esto, juzgamos que las consecuencias probables que producirá la gran guerra europea que hemos estudiado, serán las siguientes:

1.º — Lo que hoy se conoce con el nombre de Imperio Austro-Húngaro "desaparecerá" como tal. Su desaparición será como un símbolo, y católico como es precisamente él; comió del fruto prohibido, llevó en su seno el germen del pecado durante mucho tiempo y el Dios Naturaleza la condenó a perecer. Se ha visto que aquí el símbolo es invertido, pero, precisamente, por eso es humano y es real: cuando aquellos nuestros padres de la leyenda bíblica comieron la manzana prohibida, sacándola de su propio jardín, no hicieron otra cosa que conformarse con las leyes de la naturaleza y sublevarse contra los dictados despóticos de Dios que pretendía que el hombre no fuera hombre. Mientras que en el caso que nos ocupa se fué contra la naturaleza de las cosas físicas y humanas; pues la manzana esa representativa la obtuvieron del cercado ajeno y en detrimento doloroso de sus dueños, pues eran muchos.

En cualquier caso, juzgamos que no podrá subsistir el viejo imperio del Danubio: venciendo Alemania, que sería el mejor de los casos para ella, será irremediablemente absorbida por el pangermanismo, conquistador y agresivo. Triunfante Rusia, no hay para qué decirlo, dividida será y expoliada también. Pero en cualquiera de los dos casos pensamos que la Bosnia y la Herzegovina se anexarán a Servia; la Bohemia se incorporará a Alemania; Tirol, Trieste y Trento pasarán a su dueña, Italia; Hungría se erigirá en reino independiente; la Polonia austriaca gozará de autonomía. Por fin, de este enorme imperio que pomposamente se apellida la real e imperial monarquía de Austria-Hungría, que tiene 624.044 kilómetros cuadrados de superficie, quedará con-

vertido en un ridículo "Estado Albanés", como el verdadero que ella hizo, a su imagen y semejanza "futura".

2.º — Italia quedará fuerte, potente, rica. Será tan poderosa que compartirá en parte la hegemonía europea con Inglaterra. Además de incorporarse toda la Italia "irredenta", se apoderará de Valona, ciudad situada al sud de Albania en el mar Adriático, frente a la importante ciudad italiana de Otranto, en el mismo mar. Valona será erigida por el gobierno italiano en plaza fuerte. Con todo esto, Italia dominará completamente el mar Adriático.

3.º — No obstante el formidable e incontrastable poder alemán, su industria magníficamente poderosa, su enorme labor, su ciencia sin rival, su individualidad potente y característica y su desmesurado poder militar, "a la larga" será vencida: los aliados la cercarán, la agobiarán, la cansarán, la fatigarán, por el hambre, por la peste, por la muerte, por la superioridad de la riqueza, por las ventajas de las comunicaciones, por la mayor abundancia de sus productos y por el número de sus soldados: pero nunca por la superioridad técnica militar ni por el valor y arrojo de sus soldados, justo es decirlo. Aun vencida, la historia podrá decir que pagó con creces sus desmedidas ambiciones hegemónicas, su desastroso imperialismo militar y su barbarie medieval; pero también deberá decir que tuvo necesidad de coaligarse la Europa entera para poderla vencer después de larga y sangrienta lucha, y eso a "fuerza del hambre y de la sed" de sus enemigos: tal era su enorme poder.

Téngase presente que hemos dicho "vencida", lo que no quiere decir "aniquilada". Alemania quedará en el mapa, aunque con dos provincias menos.

Al águila germánica le cortarán las alas, pero el águila quedará. La posteridad al contemplarla sola y deshecha podrá decir que la época de su poderío ha pasado, y que fué fugaz como todos los poderes de esa especie: como el de Cartago, el de Roma, el de Babilo-

nia, el de España. Y el genio podrá decir: lo que no muere nunca es el poder moral e intelectual; las ciencias y las letras, como Grecia, el romano del siglo de oro; de España su literatura, de Francia los derechos del hombre; de Polonia su espíritu, de Alemania, su ciencia. Y ello será un consuelo y un effluvio para el hombre bueno que verá que la obra sólida, bella y generosa no muere nunca.

4.º—Francia se engrandecerá, más que todo en las altas regiones del espíritu. Su organismo nacional se fortalecerá vívidamente.

Materialmente se incorporará sus hijas prisioneras desde el 70: Alsacia-Lorena.

Marchará junta con Inglaterra a la cabeza de las naciones europeas.

5.º—Desaparecerá Albania, incorporándose a los territorios a que naturalmente pertenecía: Montenegro, Grecia y Servia; exceptuando la ciudad de Valona que, como hemos dicho, pasará a Italia.

6.º—Inglaterra ejercerá la hegemonía europea y del mundo; se apropiará de algunas colonias en el Pacífico y le otorgará Kiao-Chau al Japón. Y se podrá decir que lo que ha triunfado en esta guerra es su "previsión" admirable, su tranquilidad absoluta y su prudencia maravillosa.

7.º — Bélgica figurará siempre como la heroína por excelencia de la contienda; simbolizará la civilización en medio de la barbarie, como antes de la guerra lo hemos creído; figurará como la única que no fué a la guerra por el placer felino de matar hombres, sino por dolorosa necesidad de defender su sagrado pan de cada día y su tierra que lo cultiva.

No ensanchará sus límites, no lo quiere ni lo necesita para vivir en paz: Bélgica quedará igual: unida en la paz y en la guerra; engrandecida en la gran jornada; fuerte en el amor fecundo de todos sus hijos; tranquila y límpida en el cumplimiento de su deber;

consciente de sus destinos progresivos y su moral humana; con la conciencia henchida y plena que otorga el amor, la paz y el trabajo; ennoblecida en el trabajo dignificante; elevada por su civilización; grandiosamente exaltada en el cultivo del oro sagrado de la espiga y hermosamente bella en sus cristianas y generosas aspiraciones.

8.º — Fáltanos decir el gran peligro que, según nuestro juicio, amenaza a la Europa: el imperio ruso que por su enorme y casi fabulosa extensión (es el imperio más vasto del globo: 22.000.000 de kilómetros cuadrados de superficie); por su colosal población (170 millones de habitantes); por sus inusitadas riquezas naturales: todo esto puesto al servicio exclusivo de siniestras, formidables, despóticas, satánicas y desmedidas aspiraciones de dominio, es una amenaza contundente y real para la Europa.

Estamos convencidos de que Inglaterra y Francia, hoy sus aliadas, se tendrán que preocupar seriamente, si ya no se han preocupado en los respiros que les dejan las batallas, del formidable y efectivo peligro ruso. Y no sólo serán Inglaterra y Francia, sino la Europa entera la que se colocará, la que "tendrá" que colocarse frente a frente de este ambicioso factor, inclusive la Alemania.

No es descabellada esta hipótesis: atento al régimen militar, bárbaro y despótico que tiene, incluyendo a niños de 14 años y a ancianos de 60, puede formar un ejército en caso supremo y desesperado que nunca se ha visto sobre el haz del globo terrestre, compuesto de 12.000.000 de hombres, que en un momento pueden hacer irrupción salvaje y bárbara, lanzándose en mitológica invasión sobre la Europa descuidada. ¡Ah! ¡Ojalá no fuese cierto, pero el Cosaco del Don es la siniestra amenaza de la historia contemporánea!

En todas y cada una de las precedentes deducciones, producidas que fueran, se habrá observado, que

la humanidad no obtendría ningún beneficio; el pueblo seguirá siempre miserando y dolorido, seguirá con sus espaldas gachas por el enorme peso de los impuestos y las gabelas que los gastos militares le ocasionan. ¿Cuál sería, pues, el beneficio que podría sacar la humanidad, si sacase alguno? Indudablemente el desarme.

Pero nosotros no creemos que él se produzca, por parte de los gobiernos.

Y aunque los gobiernos se reunieran por intermedio de sus representantes, en sesión solemne en el Congreso de La Haya y decretaran de común acuerdo el desarme (lo que es casi imposible), no podríamos creer en el cumplimiento de esa sabia medida; precisamente porque es sabia; y un poco, tal vez, por la experiencia que nos han dado los estudios históricos a que nos hemos consagrado. El control, en primer lugar, sería imposible ejercerlo. Creemos que con esto, si se produjera, pasaría lo que con la ley de la prohibición de la portación de armas: los de buena fe, los honorables, los generosos y buenos cumplen con la ley y no llevan armas; pero los bandidos, los egoístas, los mala fe, no cumplen con la ley y llevan armas. Así los "buenos" están a disposición de los "malos".

Los gobiernos no pueden hacer esto, no lo harán por "incapacidad" y por "miedo", según nuestra modestísima opinión.

¿Esto quiere decir que desesperamos de la anhelada paz, de los ideales altruistas y generosos, de la esperada era de la justicia social? ¡No, eso nunca!

Sólo discutimos los "medios" de obtener la era de la paz, el trabajo y la concordia. Estamos convencidos que se conseguirá; lo contrario sería desesperar de la propia estirpe, del poder colectivo y de la fuerza incontestable del amor.

Pensamos que el desarme se conseguirá, pero éste será un triunfo de las "fuerzas sociales" en ignición constante y necesaria.

Todo lo esperamos del pueblo; la colectividad or-

ganizada y coaligada en contra del despotismo, será la que obtendrá este magnífico triunfo futuro.

Pero ¿qué se requiere para ello, preguntaría? Educación, mucha educación; lo que formará en el hombre espoliado, conciencia, mucha conciencia, que es lo que necesita.

Cuando el soldado llegue a saber que el militarismo y la guerra sólo le proporcionan pérdidas, desgracias, la ruina, el dolor y la muerte; cuando él llegue a comprender que el cuartel y el mauser lo diezman y consumen; cuando penetre en su inteligencia como un postulado clarísimo y elemental, como es, que la guerra se hace en beneficio de unos pocos en virtud de ambiciones crueles y cartaginesas, de ridículas ambiciones de mando y de dominio, todo lo cual se hace en detrimento del pueblo trabajador que sufre y paga. Cuando llegue a saber que sólo basta un minuto de reflexión inteligente para pensar que está en sus manos la solución del secular problema, que como monstruoso pulpo de mitológico mar chupa y consume la sangre de la humanidad doliente y la chupa y la consume para matar al amigo, al hermano, al hijo, al hombre. Cuando el hombre intelectual salga de su retiro estéril de anacoreta atorrante y le haga comprender al obrero, ya que él lo sabe y comprende, que es suficiente que él realice un acto volitivo simple, simplísimo, que ha solido ya emplearlo en pequeña escala con resultados, echa por tierra los fabulosos presupuestos militares, las fantásticas escuadras y los poderosos ejércitos. Cuando se le diga, además, que para realizar esta magna obra, la más grande que la humanidad hubiera llevado a cabo al través de los siglos—unir a todos los hombres en el amor y en la paz; — cuando se le haga comprender al obrero, decimos, que para emprender y terminar ese trabajo no necesita como los dioses antiguos devastar los campos, ni incendiar las ciudades, ni destruir, ni escarnecer, ni organizarse militarmente, ni colocarse bajo

la férula de jefes conquistadores, ni matar; cuando se le diga que el trabajo sólo consiste en "no hacer nada", en abstenerse; en una palabra: en armarse del arma más terrible que tienen en sus manos en todo momento los miserables, la "inmovilidad": en declararle la "gran huelga" al porvenir de los cuarteles, a la guerra y a los guerreros. En decirle una sola palabra a los mandones, a los generales y a los jefes, palabra simple, sencilla, pero contundente, formidable, colosal; en decirles a todos estos lucradores de la sangre popular: ¡No! Yo no empuño el arma, porque no la necesito; mi hermano me quiere, el hombre es mi hermano: él no me odia, él se une a mí para combatir a vos que nos decretáis la guerra a nosotros.

Cuando todo esto se produzca, entonces, entonces sí que se producirá el desarme por y a pesar de la voluntad de los monarcas.

Y no hay que dudar que esto se producirá; sólo necesitamos unirnos todos los hombres de buena voluntad, idealistas, generosos y buenos, para educar a los hombres en ese sentido, con la sublime educación del amor, la paz y el trabajo y el horror, el desprecio y la maldición a las armas y a la guerra.

Pienso que hay que empezar por minar desde abajo, desde muy abajo, el sistema de educación, que es conservador y retrógrado y orientarlo racional y humanamente. Y esto se hará, no lo dudéis, no debéis dudar, aunque no pueda fijarse fecha para tamaño acontecimiento. Se hará y eso basta.

Y se hará porque "el mundo descansa sobre los músculos crispados de los miserables. Y los miserables son muchos; cincuenta mil cariátides humanas que se retiran no es nada todavía. El año próximo serán cien mil, luego un millón. El edificio social no parece en peligro; está cerrado a todo ataque por sus puertas de acero, sus muros colosales, sus largos cañones; está rodeado de fosos y fortificado hasta la mitad de la llanu-

ra. Mirad el suelo enfermo de una blandura sospechosa, sentidlo ceder aquí y allí. Mañana, con suavidad formidable se desmoronará en silencio la montaña de arena, y nuestra civilización habrá vivido". (Rafael Barret).

"Abstenerse", pues, será la gran divisa del hombre bueno; estrechemos las filas y formemos el anárquico ejército de la paz; y sobre todo en América, por lo mismo que ahora no hay guerra, que cuando la guerra sobrevenga ya no habrá tiempo.

Y si para esta soberbia obra corriera sangre, no es nada en comparación de lo que haremos y de la que evitaremos. "No importa tanto que la sangre corra. Los ríos corren; lo grave es el pantano. El movimiento, aunque arrolle, afirma el destino eficaz y la energía".

El gran problema, para nosotros los pacíficos, es pues, un problema moral. Propaguemos esa moral. Después de la gran tragedia las fuerzas sociales se levantarán, no lo dudéis, aunque los agoreros de la canalla os digan lo contrario. Habrá grandes movimientos de masas humanas que se levantarán en Berlín, Londres, París, Roma; adoptando como divisa: por el amor, por el dolor, por el hambre, por la vida.

¡Ah! pero no esperéis todavía triunfos definitivos ni mucho menos: la espiga no está todavía madura, a dorarse empiezan a algunas; pero no es todavía la hora augusta de la recolección total. Pero con hacer poco, habrán hecho mucho, porque todo lo hecho será moralmente bueno y magníficamente hermoso. Y sabemos que en la guerra actual no ha habido siquiera una finísima partícula de moral y de bondad.

Eduquemos, hagamos, que en el "hacer" está el todo; no nos resignemos, que la resignación es la moral de los siervos: vayamos a escupir a las montañas, como decía Nietzsche.

Y para construir este portentoso edificio social, es rincón predestinado del universo esta fecunda tierra que se llama América: por lo mismo que es nueva y no

decrépita. La tierra nueva da robusta planta y mejor fruto.

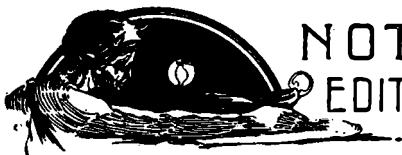
Y bien, señores: al terminar mi trabajo desinteresado y generoso, puedo decir lo que siento: yo he creído hacer un gran bien, he hecho un bien muy grande con haber combatido en páginas sinceras, vibrantes y hondas al militarismo y a la guerra; y, sobre todo, con haberle dicho al pueblo con suprema imparcialidad la "verdad" de la "verdadera" historia: por lo cual ha visto cuánta miseria, cuánta falsedad y mentira hay en el régimen político y diplomático que practican los potentados europeos.

Pero he aquí que todo esto ha enfurecido a los Dioclecianos de la canalla contemporánea. Ante ello, yo me he hecho un razonamiento sencillo, casi ingenuo: el bien, me he dicho, nunca es perdido, germina su fecunda semilla hasta entre las piedras a las que levanta con la fuerza portentosa que le da la vida nueva que quiere surgir. Dejemos, no nos inquietemos porque ellos protesten: los perros ladran, pero la caravana pasa.

Permitidme que mi última palabra, sea mi oración misma del principio de estas páginas: Si esta tragedia es un puente trágico entre el pasado bárbaro y el porvenir humano y justiciero; si detrás de ella viniera la anhelada era de la justicia social; si ella significara la destrucción del imperio bruto del soldado y el mauser para dar paso al maestro de escuela y su arma, el abecedario: bendita sea.

VICTORIO M. DELFINO





NOTAS EDITORIALES

La intransigencia patriótica de un profesor alemán

Tiempo hacía que el señor profesor Richard Gans, director del Instituto de Física de la Universidad Nacional de La Plata, había prometido a la comisión directiva del Ateneo Popular, una conferencia sobre algún tema de física, siendo así motivo de una de las excursiones anuales, cuando la víspera del día en que ésta debía realizarse fué recibida la siguiente nota:

“La Plata, 13 de Noviembre de 1914. — Calle 50 número 380. — A la comisión directiva del Ateneo Popular. — Buenos Aires. — Recién acabo de recibir el número 9 de su órgano “Humanidad Nueva”, y habiendo leído los artículos de Alicia Moreau y de Guido Anatolio Cartey, tengo que declararle que las publicaciones de su revista, que debo considerar como el intérprete de sus opiniones e ideas, no alcanzan ni el mínimum del nivel moral que debo suponer sea propio a los que quieren ser mis oyentes. Por lo cual siento no poder dar la conferencia que le había prometido para el día domingo 15 del corriente mes. — Salúdalo muy atentamente. — Richard Gans.”

A pesar de ello, y sin que nada alterase la “serenidad”, ni la “tranquilidad” de “conciencia” de los adherentes y amigos del Ateneo Popular, la excursión se realizó en forma muy provechosa, según lo refiere la crónica que publicamos en este número.

La comisión directiva resolvió enviar al profesor Gans la siguiente nota:

Señor Ricardo Gans. — La Plata.

Señor: Acuso recibo de su nota del 13 del corriente y pongo en su conocimiento que la comisión directiva del Ateneo Popular ha resuelto, en su última sesión, manifestarle que protesta enérgicamente por los términos injuriosos que ella contiene y que, aun admitiendo que usted se negase, por un estrecho espíritu de intolerancia, a cumplir con su promesa, nada excusa la forma incorrecta en que se ha expresado, y no le reconoce a usted capacidad alguna para juzgar del valor moral de los miembros que la constituyen, de sus alumnos o adherentes.

Por otra parte, debo expresarle que no ejercemos la censura previa, siendo los autores responsables de las ideas que vierten, lo cual no excluye que, en este caso, la comisión directiva solidarice con los artículos a los cuales usted se refiere.

Saludo a usted atentamente

JOSE A. MOUCHET.

No hemos de detenernos más sobre este asunto, y nunca le habríamos destinado una página de esta revista, si no hubiera mediado cierta publicidad. Nada nuevo nos enseña él, pues bien sabemos los errores y las injusticias que engendra el patriotismo estrecho, egoísta y dominador.

Sólo hemos de pedir a nuestros lectores que se refieran a los artículos aludidos, en los que nada pueda justificar semejante insulto y medite luego sobre la exposición de hechos presentada por los notables belgas ante el presidente Wilson, que recuerde las correspondencias de nuestros periodistas, y en especial las de Roberto Payró, y diga entonces cuáles son los hombres que pueden hoy hablar del "nivel moral" de sus prójimos.

ALICIA MOREAU.



ATENEO POPULAR

El acto del Domingo en Nueva Pompeya

Prosiguiendo su acción cultural y educativa, el Ateneo Popular celebró el domingo 1.º de Noviembre en Nueva Pompeya, la anunciada matinée literaria y musical.

En el salón de "La Cosmopolita", ante numerosa concurrencia en la que no escaseaba el elemento femenino, abrió el acto el ciudadano Agustín Muzio, de Nueva Pompeya, presentando al orador designado, doctor José A. Mouchet, quien disertó durante media hora sobre la misión del Ateneo Popular y la obra realizada por esta institución de cultura. Hablando del movimiento científico actual, extendióse con claridad y sencillez sobre la concepción del universo, tanto desde el punto de vista metafísico como desde el positivista, y demostró que la cultura moderna, libre ya de toda traba dogmática, marcha en pos de las verdades que la ciencia positiva descubre día a día.

Acto continuo, el distinguido violinista José Viloni, discípulo del profesor Darío Grassi, ejecutó con acierto y elegancia los trozos de concierto "Visión" de Dridla y "Traumerei" de Schumann, acompañándole el pianista profesor Pezzoni. Ambos artistas fueron muy aplaudidos.

La niña Julia Meis, ya conocida por sus relevan-

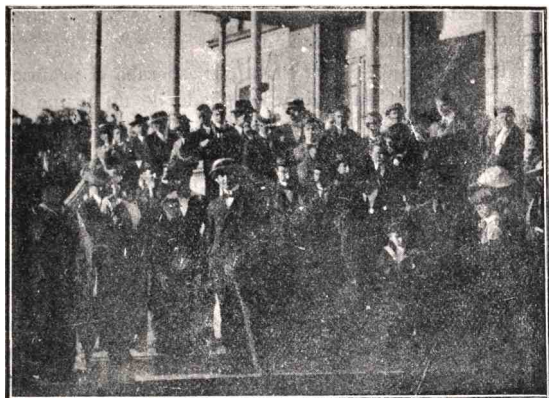
tes aptitudes en la declamación, recitó las poesías "Infortunio" y "El Sueño del Pueblo", cosechando muchos aplausos; lo mismo que el niño Edgardo S. Cartey, quien por vez primera se presentaba al público. Dijo con garbo y soltura el monólogo "Soy Socialista", cuya parte cómica fué muy festejada por la concurrencia.

Cerró el acto la doctora Alicia Moreau, quien accediendo a los reiterados e insistentes pedidos de la concurrencia, usó de la palabra, poniendo de manifiesto el contraste que ofrecía el ambiente familiar, cordial y calmoso en que se encontraba con los campos de Europa, donde se está realizando la más espantosa de las masacres humanas. Describió las consecuencias horribles de la guerra, que parece haber derribado de un golpe el edificio de cultura y civilización levantado por los pueblos. Aludió al desaliento que puede haberse apoderado de los espíritus, y dijo que, si bien eso era explicable, no hay, sin embargo, que dudar del porvenir, que será de la civilización y de la paz. La elocuente improvisación de la señorita Moreau fué aplaudida por la numerosa concurrencia.

El senador E. del Valle Iberlucea, si bien hizo acto de presencia, no pudo hablar por hallarse enfermo.

En resumen, el acto realizado en Nueva Pompeya por el Ateneo Popular constituye una buena jornada de propaganda cultural.

G. C.



Grupo de excursionistas

Excursión á la Plata

Como estaba anunciado, el domingo 15 de Noviembre se llevó a cabo la excursión a La Plata organizada y auspiciada por el Ateneo Popular, saliendo de la estación Constitución a las 12.15 p. m., cuyo trayecto que duró una hora, lo pasamos en agradable conversación entre los obreros que componían la mayoría de los excursionistas.

Y lo que ya tuve ocasión de manifestar, mi agradable impresión por la cultura demostrada por la clase trabajadora, no pudo esta vez más que confirmar mi opinión, en grado superlativo, sobre esa cultura obrera que contrasta con la que no pocas veces se puede observar en los coches de primera clase de los trenes, donde las señoras y señoritas van siempre anhelantes de llegar al punto de destino para librarse de las impertinencias de los que, cubriéndose con la indumentaria de

un elegante traje, no saben guardar el respeto y compostura de regular educación.

En la estación de La Plata nos esperaba el profesor señor Enrique Calatroni acompañado de un grupo de obreros. Reunidos los excursionistas con las personas que nos esperaban en La Plata, nos dirigimos al Internado, donde el alumno señor Puzzi nos dió una brillante audición de piano. Acompañados por otro alumno del Internado pudimos visitar el primer y segundo grado, admirando en todas las habitaciones y corredores el buen gusto y el elegante estilo norteamericano.

Suspendida la conferencia que debía darnos el doctor Gans en la escuela de física, por un intransigente amor propio de patriota alemán, el doctor Calatroni nos dió una importantísima conferencia preparatoria sobre biología, la que fué acompañada por ilustraciones en el pizarrón y por varios cuadros de invertebrados.

Terminada ésta pasamos al gabinete biológico del profesor Calatroni, para ir complementando las explicaciones dadas anteriormente, donde tuvimos ocasión de admirar la evolución biológica de la Naturaleza.

Más tarde nos dirigimos al Museo de La Plata, donde mientras admirábamos diversos y enormes animales, el mismo profesor Calatroni con el interés y buen gusto de siempre, nos explicaba a qué orden, a qué familia pertenecían, etc., etc.

Aunque era una conferencia de por sí larga el profesor Calatroni le supo dar tal colorido, tal forma, que más bien que una conferencia parecía una conversación familiar, y es, porque el profesor Calatroni abriga en sí los nobles pensamientos de enseñar al que no sabe.

Después de visitado el Museo nos dirigimos al Internado, donde nos obsequió con un lunch el doctor Tieghi, acompañado por los alumnos que tiene a su cargo en dicho establecimiento, los que tuvieron para con nosotros atenciones que difícilmente podremos borrar.

de nuestra memoria, y que honra en grado sumo a la juventud estudiosa argentina.

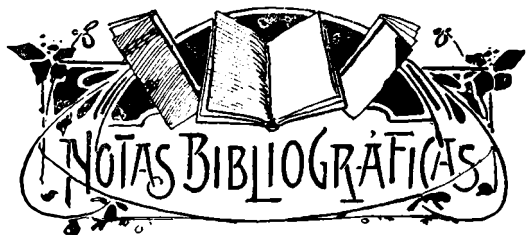
Durante el lunch, el doctor Tieghi nos explicó varios casos de alumnos que en las vacaciones no se van a sus respectivas casas, prefiriendo quedarse en el Internado, lo que demuestra la corriente de simpatía e intimidad que existe entre profesores y alumnos y no será porque en sus hogares no gocen de los cariños naturales del hogar paterno, no, lo que sucede es que el alumno se habitúa a ese ambiente, a esa familiaridad que existe en el Internado, y cuando se ve lejos de sus maestros y compañeros de estudios y al mismo tiempo de fatigas, no puede amoldarse a otro ambiente.

Después de terminado el lunch dimos un paseo por el bosque, admirando y gozando de las bellezas y delicias que existen en La Plata.

Una doble nota simpática ha carectizado a esta excursión, y es que a ella han concurrido los diez niños mayores de "La casa del niño", cuyos pasajes fueron sufragados por el doctor Enrique del Valle Iberlucea, a fin de que éstos desheredados de la fortuna y faltos del calor del verdadero hogar materno, gozasen también de los placeres y de los conocimientos que la excursión les podía proporcionar. Iban estos niños acompañados por la señorita Margarita Curto, que como alma mater de "La casa del niño", tanto trabaja para hacer de los pobres abandonados, niños útiles a la sociedad.

La Comisión Directiva del Ateneo Popular, representada por el doctor del Valle Iberlucea, doctores José Mouchet, Enrique Mouchet y señores Bolón, Tirone, García y directora de HUMANIDAD NUEVA, señorita Alicia Moreau, que nos acompañaron en esta excursión, han quedado tan gratamente impresionados que ya se está proyectando otra que se efectuará en el mes de Diciembre en la escuela de Agronomía, de Santa Catalina, a la que me será agradable concurrir.

CELESTINA MEDIANO.



**Introducción a la fisiología y patología del
espíritu, o sea la naturaleza del alma**

No es común que al traspasar los umbrales de la Facultad de Medicina tengan los estudiantes preocupaciones filosóficas bien caracterizadas; sólo podría citarse una docena de tesis argentinas que, en el curso de medio siglo, hayan revelado tales tendencias. Viene a contar entre ellas la del doctor Enrique Mouchet, que ya, desde el aula, se había distinguido por algunas publicaciones que revelaban un loable afán de afrontar ciertos problemas que, por su misma generalidad, sólo son accesibles a los estudios de vasta y compleja cultura.

La tesis del doctor Mouchet se propone estudiar los fundamentos biológicos de la actividad del espíritu, procurando concordarlos con los postulados de la moderna filosofía monista y energética. Con método y discreción enuncia las nociones cardinales desenvueltas desde Mayer y Carnot hasta Ostwald, así como la doctrina de evolución enunciada en diversos dominios por Lyell, Darwin y Spencer.

Partiendo de esas orientaciones de la filosofía científica entra al estudio de las cuatro funciones fundamentales de la vida: la asimilación, la irritabilidad, la memoria y la secreción. En toda esta parte de su trabajo puede señalarse cierta novedad en la coordinación de

los problemas biológicos, aunque siempre ajustándose a las nociones más seguras de la fisiología cerebral.

Dando su más amplio sentido al concepto de "secreción", el autor acepta que donde hay vida hay secreción, como hay asimilación, irritabilidad y memoria. Si se suprime cualquiera de esas cuatro funciones la vida queda anulada. Define la secreción como "una función universal de la vida, según la cual el ser vivo devuelve al medio en que vive la materia y la energía que asimiló, previa transformación". El organismo, en suma, asimila y segrega energía. La energía asimilada es siempre energía química; la energía segregada es polimorfa, y el autor la divide en dos grupos: secreciones energéticas internas y secreciones energéticas externas.

Las externas son aquellas cuyas energías pasan directamente del organismo vivo al medio y que pueden, por consiguiente, medirse mediante diversos aparatos energométricos. Las internas son aquellas cuyos productos de secreción no pasan directamente al medio, sino que se manifiestan indirectamente por medio de las secreciones externas.

Energía de secreción interna habría una sola, la energía nerviosa, una de cuyas formas es la energía psíquica, o sea el pensamiento y su contenido: instintos, pasiones, emociones, ideas, etc. Esta energía de secreción interna no vuelve directamente al medio, sino que se manifiesta por los movimientos y actos cuyo conjunto se traduce por los medios de expresión de la personalidad.

Usando en ese sentido la palabra "secreción" el autor vuelve a plantear, bajo nuevo aspecto, aquella clásica y comentada fórmula de Cabanis: "El pensamiento es una secreción del cerebro". Dentro de ese concepto, considera que la energía psíquica no es más que la energía nerviosa que segrega por órganos muy evolucionados, como ser el cerebro, órgano especializa-

do para su secreción, y cuyas funciones poseen a veces esa propiedad que se llama conciencia.

“Hoy podemos completar la tesis de Cabanis con la doctrina energética, diciendo que el pensamiento es una secreción del cerebro, pero no una secreción de materia, sino una secreción de energía interna”, que se traduce al exterior mediante los movimientos que constituyen nuestros modos de expresión. “Así como la sangre es el medio interno de la vida orgánica, el pensamiento es el medio interno de la vida de relación”. El alma, por consiguiente, se nos presenta como una función biológica: nace, crece, se enferma y muere, con el nacimiento, el desarrollo, la enfermedad y la muerte del organismo.

Dentro de estas líneas generales el doctor Mouchet desenvuelve sistemáticamente numerosas cuestiones particulares; se comprende que, en detalle, todas sus afirmaciones no aparecen igualmente aceptables y que en algunos casos la imprecisión del lenguaje oscurece el contenido de ciertas demostraciones. Fuerza es confesar, sin embargo, que esas mismas lagunas abundan en las obras de muchos profesores, por cuya razón habría evidente injusticia en creer que ellas empañan los méritos de este trabajo del graduado novel.

Bien merece su autor que se le señale como una hermosa promesa para la filosofía científica argentina. Pronóstico hartó fácil tratándose de quien ya se ha revelado correcto escritor, de amplio horizonte y curiosidad atrevida.

JOSÉ INGENIEROS



ATENEOPOPULAR

(Sociedad de extensión universitaria)

Secretaría: TALCAHUANO 417 .2.º piso)

BASES DE LA INSTITUCION

I. Queda constituida con el nombre de ATENEOPOPULAR, una asociación de extensión secundaria y universitaria.

II. Realizará sus fines por medio de conferencias de carácter general sobre temas científicos, literarios ó artísticos, por la organización de cursos, creación de bibliotecas, etc.

III. Quedará excluida de su acción toda tendencia dogmática, desarrollándola sólo de acuerdo con el espíritu científico de la Pedagogía moderna.

IV. La organización de los cursos y conferencias quedará á cargo de una comisión constituida por un secretario general, un pro secretario, un tesorero y ocho vocales, nombrada en asamblea general, y durará un año.

Buenos Aires, Octubre 15 de 1910.

EL ATENEOPOPULAR publica la revista HUMANIDAD NUEVA, de sociología, arte y educación.

La cuota mensual es de un peso, teniendo los socios el derecho de recibir la revista.

COMISION DIRECTIVA

Secretario general: *José A. Mouchet.*

Pro-secretario: *Mario Tirone.*

Tesorero: *Armando Moreau.*

Vocales: *E. del Valle Iberlucea, Srta.*

Raquel Camaña, Sres. Antonio Zac-

cagnini, Martín García, Enrique Mouchet,

Vicente Cacciatore, Pascual Me-

diano, Constantina Bolón.

Directora de HUMANIDAD NUEVA:

Alicia Moreau.

ATENEO POPULAR

(SOCIEDAD DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA)

Secretaría: TALCAHUANO 417 (2o. piso)

CURSOS

1914

- Ing. Justo Pascali.** — *Interpretación de la Física.*—Club Juan B. Alberdi, Santa Fe 1235.
- Prof. Ricardo Calatroni.**—*Biología.*—Biblioteca Florentino Ameghino: Viernes a las 8.30 p. m. (quincenal).
- Dr. Walter Sorkau.**—*Introducción a la Química.*—Instituto Nac. del Prof., Valentin Gómez 555: Jueves a las 9. p. m. (mensual).
- Dr. José A. Mouchet.**—*Historia Contemporánea.* — Federación Gráfica Bonaerense, Estados Unidos 1056: Lunes a las 9 p. m.
- Alejandro Mantecón (hijo).**—*Evolución Social Argentina.*—Instituto Argentino de Artes Gráficas. Jueves 8.30 p. m.
- Ing. E. Revuelto.**—*Conferencias dominicales sobre el Arte.*—Museo Nacional de Bellas Artes.
- Sr. Mario Tirone.**—*Contabilidad y Aritmética.*—Rivadavia 8623. Martes 9 p. m.
- Prof. Sr. Camilo L. Ducco.**—*Introducción a la Química.*—Federación Gráfica Bonaerense, Estados Unidos 1056: Lunes a las 8.30 p. m.
- Sr. Ernesto León O'Dena.**—*Nociones de Sociología.*—Local de los Bomberos Voluntarios de la Boca—Brandzen.
- Guido A. Cartey.**—*Conferencias sobre Wagner: El hombre, la obra y el medio.*—Con la ejecución de trozos de música tomados de las diversas obras de Wagner, por la Sra. Sofía S. de Temperley.—Bomberos Voluntarios de la Boca, los Domingos por la tarde.
- Sr. Enrique Mouchet.**—*Las funciones del cerebro.*
- Sra. Rita Mediano de Rumi.**—*Lecciones prácticas de corte y confección,* en su Academia, Brasil 1320, los Miércoles de 7 a 9 p. m.